(De una carta escrita el 29 de junio de 1937 desde Argentina, donde comparte con sus religiosos lejanos la profunda ansia pastoral de llevar a los humildes y pequeños al Papa, a la Iglesia, a Cristo.)

…Tenemos que palpitar y hacer palpitar miles y millones de corazones en torno al corazón del Papa: tenemos que llevarle especialmente los pequeños, y las clases de los humildes trabajadores, objeto de tantas asechanzas; llevar al Papa los pobres, los afligidos, los marginados, que son los que Cristo más quiere y los verdaderos tesoros de la Iglesia de Jesucristo.

De los labios del Papa el pueblo no escuchará palabras que exciten al odio de clase, a la destrucción y el exterminio, sino palabras de vida eterna, palabras de verdad, de justicia, de caridad: palabras de paz, de bondad, de concordia, que invitan a amarnos unos a otros y a darnos la mano para caminar juntos a un futuro mejor, más cristiano y más civil.

El Papa es el padre del rico tanto como del pobre; para El no existen nobles o plebeyos, sino sólo hijos; del Padre viene la fe, la luz, la mansedumbre del Señor, que pone bálsamo en los corazones y lleva alivio y consuelo a los pueblos.

*"Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalebunt adversus eam"*. (“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.")

Pasaron los siglos y estas palabras de Jesús resuenan a través de los tiempos, y de todas las tempestades del mundo. Tempestades furiosas y terribles contra el Papa y la Iglesia que lejos de hundirlos los transformaron en la mayor potencia espiritual y moral. Tanto más cuanto que la Iglesia y el Papado son la obra de Dios, la fuerza de Dios.

Admirable unidad, vital y orgánica, de la Santa Iglesia! Nosotros, por el Bautismo y

por el Papa, no formamos más que un solo cuerpo, vivificado por el único y mismo Espíritu Santo: un solo Rebaño, bajo la guía de un solo Pastor: el Papa.

Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, ni contra el Papa, a quien Cristo ha dado las llaves del reino de los cielos, y la promesa solemne de que todo lo que ate en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desate en la tierra será desatado en los cielos.

En el Papa nosotros reconocemos no sólo al Vicario de Cristo, la Cabeza infalible de la Iglesia, inspirada y conducida por el Espíritu Santo, el fundamento de nuestra Religión, sino también la piedra firme de la sociedad humana.

El Papa es la *síntesis viviente* de todo el cristianismo, es la cabeza y el corazón de la Iglesia, es luz de verdad indefectible, es la llama perenne que arde y resplandece sobre el monte santo. Donde está Pedro, está la Iglesia; donde está la Iglesia, está Cristo; donde está Cristo, está el camino, la verdad, la vida!

(Un profeta de nuestro tiempo)